# LA GOMA DE BORRAR

*En el viaje vi que todo el mundo reclamaba la goma de borrar filosofal. Un polígono blando y pesado que servía para borrar existencias. Cuentan las leyendas que todo el mundo la adoraba y temía su poder. Los últimos escritos de la biblioteca de ausencias, apuntan a que todavía existe y que se halla cerca del mar. Dicen que estaba escondida en el fondo del mar. Los deprimidos, los suicidas, los desesperados, los felices, los de amor no correspondido... Todos ellos la usaban y el curso entero de la historia cambiaba radicalmente. En mi viaje sobrevolé las playas lisas y me encontré con la historia fantástica de la goma de borrar y sus virutillas.*

Ella sintió la brisa fresca del atardecer en la playa. No se veía ni un alma y su perfil oscuro denunció los destellos de la puesta de sol. Caminaba soltando un hilillo de arena que escondía en sus puños. El sonido puro de las olas daba esperanza a que las huellas de cangrejos reaparecieran y que fuera registrado por caracolas espirales sin fin.

Se dejó caer al suelo sin violencia: deseaba gozar del tacto de su cuerpo desnudo. Había algo duro. La curiosidad inundó su rostro y volviendo su cuerpo entero, empezó a escarbar hallando un charco de agua de sal a los pocos instantes de sacar arena con sus manos dulces. Sintió un tacto liso, templado y agradable. Con regocijo y esfuerzo, vio que era un cofre de metal. Lo extrajo del hoyo y sonriendo y orgullosa de que fuera ligero, corrió a la orilla a bañarse y limpiarlo con el agua de mar.

Era una mujer algo madura, con arrugas que escribían el sufrimiento de unos treinta y cinco años. Su cuerpo denunciaba deseos de madre y esposo con los pechos caídos y las caderas descuidadas. Comprobó lo inoxidable del cofre, ya que sin arena ni moluscos pegados era brillante, de nácar y plata. Con el agua en las rodillas, lo agitó cerca de sus oídos y pudo oír algo mullido, un sonido grave. Llena de júbilo se encaminó a la orilla y se vistió aún mojada, con un vestido negro, ancho, escotado y arrugado. Tomó el cofre de manera solemne sobre las palmas de sus manos, y no dejó de imaginar lo excitados y admirados que iban a estar su esposo y sus hijos en la casa, al atardecer.

El suelo era siempre de arena en las playas lisas. Los habitantes eran personas emigrantes que habitaban en cabañas hechas de caña, junco y madera. Vivían apacibles de los frutos del mar. Pocos habían visitado el interior: no les interesaba y traía mala suerte. Casi todo era agradable: la temperatura, la lluvia,

la brisa, el ruido del mar, los colores... Recibían visitas de turistas ávidos de paraíso y gaviotas y cangrejos que hacían crónicas del mundo y sus compendios.

Sólo había el peligro de las mantas rigurosas, pero estaban en alta mar y algunos turistas malvados que se aprovechaban de la hospitalidad de estas gentes.

La mujer llegó a la cabaña circular y se pintaron sonrisas en sus dos hijos: una hermosa muchacha de unos diecisiete años y un niño pecoso de doce años, rubio y soñador. Estaban jugando a un extraño juego de palos, cuerdas y vasijas de barro, y cuando la luna salió antes de que los rayos del sol se extinguieran, abrazaron a la madre.

- ¿Qué cosa has traído? -preguntó la muchacha alisando su falda vaporosa rosa.

- Un cofre que encontré en la playa...

El chico lo cogió e intentó abrirlo en vano.

- Es hermético.

- Es bonito. Papá lo abrirá...

La mujer miró a la niña con cierto resentimiento que no era accesible a su conciencia, no le dio importancia y corrió a la despensa a preparar la cena.

- Ayudadme a poner la mesa pues papá no tardará...

Colocaron un mantel de cuadros escoceses y los vasos y platillos en los que colocar los mariscos fríos. Colocaron cubiertos y arroz. No era una mesa con patas, sino una tabla elevada un palmo del suelo en el que disponían los enseres, con delicadeza y amor a todas las cosas. La familia entera tenía los ojos grandes y los pómulos salientes. Gracias a su simpatía natural, su piel fina y sus facciones eran muy deseados y fruto de envidia entre las gentes de las playas lisas. Un rato antes de la cena, la mujer pensaba en el cofre:

- ¿Qué cosas llevará dentro?

La joven sostuvo entre sus manos el hallazgo y los tres especularon sobre su contenido. Concentrados, de mirada íntima que hace que todos los seres queden fuera de la reunión, a una altura parecida -sentados en el suelo sobre sus talones- y dulcemente empezaron a adivinar diciendo objetos y sonreían como si no hubieran acertado:

- Una llave...

- Un anillo...

- Una caracola...

- Un martillo...

- Un pañuelo de seda...

- Una pelota de goma...

La madre se levantó y fue a apagar el fuego silvestre que hacía hervir el agua de la sopa de plantas... En la habitación contigua, que correspondía a la cocina, un cuervo estaba posado en la manilla de la ventana y le dijo a la mujer:

- Ten cuidado con lo que tienes, ten cuidado con el cofre de plata... No lo abras. Por favor... ¡No lo abras bajo ningún concepto!

La mujer, con la curiosidad punzando su seno, regresó a la reunión y vio que su esposo había vuelto de la pesca, de la barca, del trabajo. Este era un hombre grande, fuerte, velludo y moreno. Acariciaba su barba mientras examinaba la preciosa y ligera caja de plata. Sonrió al ver a su mujer tras una semana de ausencia con duras faenas; pensó en besarla, pero, su mujer le arrambló el cofre de sus brazos.

- Vamos a cenar y luego nos cuentas qué tal te ha ido... -La mujer no le miró a los ojos y les empujó al rincón recién iluminado de gas, a lo que su marido se asombró por la reacción inesperada de la mujer y frunció el ceño:

- ¿Qué te pasa ahora? ¿por qué no puedo ver el cofre ése?

La mujer se arrodilló y empezó a comer del cuenco. Todos le siguieron extrañados y en silencio. Los cuencos se vaciaban aprisa y tras un cuarto de hora, el hombre retuvo a su esposa cogiéndole el brazo ya que se ponía en pié para recoger la mesa. El esposo le exhortó amable que le contara la historia del cofre de plata.

- Sí mamá, debes contarlo para que mi hermana, la curiosa, no haga ninguna barbaridad...

- Y para que el enano no se quede encerrado dentro del cofre.

Los chicos empezaron a tirarse restos de comida y a pelearse. El hombre no apartaba la vista de su mujer, taciturna, mirando al suelo.

- ¡Niños...!

- ¡Es algo sobrenatural...! - La mujer se echó a llorar a los hombros y cuello del hombre y los hijos dejaron de pelear.

- ¿Por qué dices eso? -preguntó asustado el chiquillo haciendo que el tono de su voz adquiriera mayor misterio.

- ¡Me ha hablado un pájaro y los pájaros no hablan!

Los cuatro se aproximaron más, como intentando protegerse de esa evidencia mágica. El padre empezó a entender y comenzó a razonar:

- ¿Estás segura?

- Completamente... Me dijo que no abriera el cofre...

- ¿Qué clase de pájaro? Si era una paloma, ya sabes que las palomas tienen una moral rígida y siempre están dando lecciones de comportamiento...

- No. Era un cuervo porque sé que era un cuervo.

El hombre se levantó y fue por el cofre desoyendo los reproches de su mujer. Lo notó ligeramente sospechoso y lo agitó para escuchar sonidos de diagnosis. Lo posó en la mesa, cerca de la lámpara dorada y la familia contempló extrañada los brillos del cofre, los adornos en forma de relieve que representaban conchas de vieiras que se abrían y mostraban cuerpos rectangulares, hombres escindidos en brazos separados y con las piernas en otro lugar, unas algas extrañas y una manta rigurosa bicéfala que bordeaba todo.

El hombre recordó algo y fue chispeando de alegría y con el rostro iluminado en busca de algún libro:

- ¡Ya lo tengo!

Todos expectantes se abrazaron ante la propuesta de solución del hombre; el chico se amarró con fuerza al trasero de su hermana y ella que se solía enfadar si le acariciaban sin su permiso, ni se inmutó.

Regresó con un libro viejo y grande. Parecía pesar mucho y en su portada azulina gastada se leía en letras góticas doradas:

"Compendio de existencias. Tomo VII"

Lo hojeó, rápido. Las palmas de sus manos confundían el color del papel viejo. Fue excitación hasta que sonrió y leyó un párrafo de una página. Las bibliotecas particulares solían estar repletas de compendios de diversa índole que carecían

de historia y de autor: eran siempre viejos y olían a viejo, por mucho que la hacendosa mujer cuidara de colocar miles de flores de azahar, para perfumar el aire vetusto de las cabañas; siendo que estaban en continua ventilación y eran los lugares más sagrados de las gentes de las playas lisas. Los habitantes siempre conversaban de manera oculta sobre ello, pero siempre estaban comparando compendios aún cuando parecía que hablaban de sexo, política, dinero, trabajo o turistas.

El hombre terminó de leer del libro y le enseñó el grabado que había a su familia, con aires de poder evidente:

- ¡Mirad! El dibujo que señalo corresponde al cofre que Mamá encontró y que tenemos delante.

Los tres boquiabiertos a la espera de silencio y emociones guiadas por la sabiduría extraña del cabeza de familia. El hombre suspiró y, pesadamente, se levantó a caminar preocupado por la habitación.

- No sabía que pudiera ser algo peligroso... -Musitó.

- ¿Qué cosa es para ser peligrosa? -preguntó la jovencilla con una mueca de intriga.

Se reunieron frente al libro y sus ojos se clavaron ante el encabezamiento de la página del dibujo. El chico leyó en voz alta:

- "La leyenda de la goma de borrar existencias..."

Leyeron la página correspondiente y respiraron de forma abusiva, entrecortadamente. Miraron la forma del padre, esperaban su respuesta. El hombre musculoso observaba su impotencia, creyendo estar frente al único poder, el poder universal.

- Cariño, sólo es una leyenda... -tranquilizó la mujer siempre dispuesta a sufrir, a poner a los demás en situación de solución, aunque nunca solucionaba nada y el marido lo sabía y le irritaba.

- Papá, explica lo que pasa, por favor... -exhortó el chico ante el asentimiento de su hermana, que por vez primera en muchos años, consiguió ponerse de acuerdo con el enano.

- No hay mucho, supongo que en ese cofre hay una goma de borrar...

- ¿Goma de borrar? -preguntaron al unísono los chicos con el cuerpo excitado. La esposa dudó porque conocía la Historia; los compendios estaban llenos de

cuentos supersticiosos muy utilizados por los pescadores, la raza más agorera que existía en el mundo. Creían fervientemente en las historias que comprendían el compendio: creían en las mantas rigurosas, creían en las historias de la disgregación de la zona esporádica, creían en el intertiempo de las fronteras, creían en que los animales que razonaban sin par y hablaban, creían en la angustia femenina y en el parto subtemporal de hombres sin retorno... La mujer pensaba que las cosas no se manifestaban evidentemente, y al ser relativas podían ser o no. ¡Pero que dejaran de existir con sólo borrarlas...! Era totalmente inadmisible.

- La goma de borrar es un elástico que rebota si se cae. Por dónde se aplica, deja una brecha de nada. Lo que fue, dejará de ser si lo pasas por la goma de borrar; lo que era y parece ser, ya no será jamás si borras con la goma filosofal.

Todos miraban alucinados por el discurso tan denso del padre. La madre no le daba crédito y medio cerró los ojos.

- Las reglas para usar la goma de borrar son simples, un movimiento tan sencillo como matar en el cual, lo terrible son las consecuencias tanto como el usuario de la goma: se agarra con fuerza con los dedos pulgar e índice, se frota la superficie a borrar y se vuelve a guardar en el receptáculo. Las cosas que hayas borrado, no existirán para ti y las eliminarás...

Al momento comenzaron a hablar de un montón de cosas que suscitaban el contemplar los reflejos del cofre de plata. Las dos mujeres preguntaban que cómo era de aspecto, que si dolía dejar de existir, que dónde iban las cosas que borrabas, que si no la buscaban reyes, que quién la pudo construir, que si la buena alquimia podía recuperar las cosas borradas, que qué pasaba si se gastaba... Miles de preguntas que palidecían los momentos más tensos del perfil anaranjado de la cabaña de las playas. El tiempo era incólume y en plena madrugada, nadie miró a la luna que bajaba preludiando el amanecer. El padre relajó su largo cuerpo con la cabeza en el regazo de su mujer, que tiernamente, la aplastaba contra los senos grandes sirviendo de almohada perfecta. La luz de gas imitaba las sombras de la ternura en un plazo idílico en que los hijos adoptaron la misma posición que los padres y la chica, acariciaba los cabellos violetas de su hermano y éste, mordisqueaba plácidamente una hierba de menta que había encontrado en el suelo de tierra negra sobre el abdomen atractivo, pero huesudo de la bella muchacha. Sin embargo, la paz acabó, justo en el momento de que el chico se decidió a preguntar por casual:

- ¿Y cómo se abre el cofre?

El padre se reincorporó con miedo evidente. Abrió mucho los ojos y se enfadó:

- ¡Ni pensarlo! Te prohíbo que lo abras, ya que si usas la goma nunca podrás evitar la hecatombe...

- Pero, Papá...

El hijo recordaba para sí, la frase del libro que indicaba la forma de abrirlo: "El cofre se abrirá sólo si estás seguro de que deseas abrirlo, en caso contrario permanecerá herméticamente cerrado...".

- Mañana por la mañana, cogeré la barca y remaré hasta alta mar, dónde dejaré caer el cofre. No es nuestro, y, repito, os prohíbo que lo abráis, lo miréis y mucho más que lo uséis -el hombre se exasperaba en alta voz, en tensión y, en órdenes, que según sus azorados pensamientos, era por su bien.- Se acabó la reunión... -se levantaron para acostarse, los hijos con cierto fastidio le dieron las buenas noches al padre de mala gana, y la madre lo percibió.

Una vez en la cama, el marido roncaba viril él, con la panza arriba. Mientras, la mujer, insomne, se levantó a fumar un cigarrillo. Escuchaba los ronquidos y respiraciones de su familia, con un ritmo acompañante de esa melodía de paz. Se sentó en el suelo y sonrió para sí. Miró el reflejo del cofre y se estremeció. De pronto, en el silencio de la noche, escuchó unos sonidos extraños provenientes de fuera de la cabaña. La mujer se levantó y se puso una sábana de lino que cubriera su desnudez; luego, entreabrió la puerta y llamó con la vocecilla asustada:

- ¿Quién va?

Se oyó una voz áspera y metálica que dijo:

- Buena mujer, soy un sencillo hombre pulmonado que vengo a pedirte un poco de vino...

- ¿No es un poco tarde para eso? -preguntó la mujer con miras a conocer sus verdaderas intenciones.

- Sólo soy un pobre turista que se ha perdido...

La mujer acercó la lámpara de gas y vio al hombre que le pareció amistoso, y le dejó entrar en la cabaña. Se apiadó y le explicó que estaba muy cansada, que en poco tiempo debería irse, pero que beberían juntos un rato. La mujer tomó la bota de cuero de vino y le sirvió. Acto seguido, se sentó junto a él y brindaron en sus copas de metal. El hombre pulmonado, era igual a uno normal, pero con el pecho protegido por un caparazón de concha grisáceo y los ojos rojos. Era

joven, rubio, de complexión fuerte y vestía sólo con un pantalón de algodón verdoso.

Hablaron de las playas lisas y de los visitantes. Cuando la mujer sonrió para despedirle, el hombre, ebrio, se insinuó y la mujer le dijo que no podía tener contacto sexual con él porque había jurado fidelidad a un sólo hombre y estaba cansada y... El pulmonado le interrumpió cogiéndola por los hombros:

- Mujer, te agradezco que apagues mi sed con este vino y que me des hospitalidad en esta casa, pero debes apagar mi otra sed... -dicho esto con los dientes apretados y en tono de evidente deseo, sacó un cuchillo y amenazó a la mujer.

Con mucha más fuerza, la empujó, la zarandeó y rasgó la sábana que le cubría. La mujer se vio desnuda y reaccionó en su pánico estático cuando el hombre velludo se aproximó riendo empuñando su cuchillo; la mujer chilló y chilló pidiendo ayuda. Los gritos despertaron a su familia, y su esposo, nada más llegar desde su habitación, reaccionó y se colocó frente al pulmonado.

- ¡No la amenaces! No quiero hacerte daño, vete...

- Pero, yo tengo un cuchillo de un pez espada que yo mismo comí...

Todos miraron aterrados. Había mucha tensión. Las dos mujeres sollozaban abrazadas y el padre y el pulmonado estaban tensos, frente a frente y aguardando movimientos. En estas, el muchacho pequeño se acercó al cofre y lo abrió. Fue sencillo abrirlo porque lo quiso. El interior, estaba forrado de terciopelo azulina y destacaban unos brillos verdes de flúor que venían de un pequeño objeto gris y blanco alargado. El chico lo cogió con la mano derecha: "con los dedos pulgar e índice". Con el máximo poder, embriagado por la luz de la goma, se acercó al pulmonado y le dio una patada en el brazo izquierdo que dio con el cuchillo blanco marfil en el suelo. Raudo, fue hacia él y lo frotó con la goma de borrar. Como si fuera un dibujo de lapicero, el cuchillo dejó de existir y desapareció. El pulmonado dejó de sentirse hombre y se sintió ridículo. El muchacho le dijo amenazante:

- ¡Ya no tienes cuchillo...!

Al poco rato, el pulmonado lo olvidó y se fue corriendo porque el cabeza de esa familia, parecía más fuerte que él y no deseaba desear a la mujer más, pero, reconoció que la mujer era muy atractiva, aún desnuda y con ojeras.

Todos suspiraron de alivio.

El chico estaba eufórico y alegremente empezó a cantar uno de sus cánticos desafinados que tanto solían molestar a su hermana, pero en ese instante no dijo nada. La madre le llamaba la atención suavemente, mientras aumentaba la tensión de los demás, el muchacho bailaba embriagado con el poder de la goma. Tras varios intentos, la mujer le gritó y el chico volvió en sí. Miró el semblante de su padre, triste, abatido, hundido, deprimido.

- ¿Qué te pasa, padre? -el chico le preguntó tiernamente, todos se percataron de que siempre le llamaba "papá" y no "padre".

- ¡Qué has hecho, hijo mío...! -Se lamentó el padre. El hijo quedó atónito ante la desaprobación tan evidente. Estudiaron sus rostros en un momento en que su padre recitó el compendio de existencias.

- "Aquel individuo que ose en usar la goma de borrar en su beneficio, se convertirá automáticamente en el guardián de la goma y administrará su uso a los demás, en lo que reste de su existencia...".

El chico tuvo miedo y justificó el uso de la goma para salvar la vida de su madre. Pero no servía y todos callaron. Imaginaron cabizbajos, mirando la tierra negra del suelo y sus relieves, la pérdida del hijo para siempre. El chico preguntó preocupado lo que debía hacer:

- Debes viajar por el mundo y los mundos, haciendo uso justo de la goma... -dijo el padre con lágrimas en los ojos enormes.

- ¿Y no tengo otra alternativa que ser el guardián de la goma?

- Sí, -sollozó el padre.

- ¿Cuál?

- Borrarte tú mismo, sólo entonces desaparecerá la goma de borrar...

- ¡No! -gritó la madre.

- Sólo tienes doce años.

- Voy a cumplir trece...

La muchacha acarició la idea de explicar el motivo de que la goma de borrar no hubiera sido destruida: la propia amenaza le hacía perdurar siempre.

El chico se motivó y cálidamente abrazó a su hermana para despedirse. El padre se movió rápido y habló con su esposa en un rincón de la estancia, ya con la luz

del alba. La madre fue al almacén y el padre abrazó a los hijos y les habló con el libraco en la mano:

- Debemos leer intensamente las características de la goma. Partirás ahora mismo, pero escucha esto. Lee hija -ordenó.

La chica tomó el libro y leyó en alta voz. Era una narración de un antiguo alquimista que se especializó en divulgar el conocimiento de la goma de borrar existencias, el argumento de utensilios que llenaba de nada lo que había antes. Regresó la madre con una alforja de cuero en la que llevar una gran cecina, un pan, un queso y el cofre. Se llevó también una bota de vino de moras y un colgante de cuero del que pendía, el primer incisivo de leche que le salió de niño.

La hermana trajo sus ropas y el chico se vistió de gris. El padre le colocó los abalorios y trajo el cofre para meter la goma de flúor y el cofre, se cerró hermético. La madre le besó en la mejilla y, su hijo, partió con la mano sujetando el collar de cuero.

Jamás lo volvieron a ver.

Pasados pocos meses, lo olvidaron.

Pero, a los pocos días, pasó un ciempiés por la cabaña. Tenía hambre y comió la virutilla de la goma resultante de haber borrado el cuchillo. Al masticar la viruta, el esófago del ciempiés se borró, y con él, todo el ciempiés. Resultó que el minúsculo animal, había sido el que puso la parte masculina, de los huevos que la misma Tierra gestó y engendró. El ciempiés, puso los huevos para que sirvieran al cuervo negociador como regalo a la deidad para que el compendio natural se redactara. Como no había ciempiés padre, no había hijos y no hubo regalo alguno que alimentara a los dioses y redactaran el compendio natural. No hubo acuerdo, los hombres se alejaron de la naturaleza, cada vez más, y los animales dejaron de hablar para siempre.